

RELACIONES ENTRE CATÓLICOS Y
LIBERALES A MEDIADOS DEL SIGLO
DIECINUEVE EN CHILE. IMÁGENES

RELATIONS BETWEEN CATHOLICS
AND LIBERALS IN THE MIDDLE OF
THE NINETEENTH CENTURY IN CHILE.
IMAGES

JULIO ALVEAR RAVANAL

Historiador (Santiago de Chile)

RESUMEN. En el trabajo analizamos cómo, durante la presidencia de Manuel Montt Torres (1851-1861), la crisis económica y luego religiosa produjo una división social y política de la que surge un renacimiento público del catolicismo. El estudio se divide en cuatro historias o imágenes: la vida de la élite burguesa de Santiago y la influencia de la masonería; la cuestión del sacristán, Pedro Santelices, destituido por el presbítero de la Catedral de Santiago Francisco Martínez Garfías; el reagrupamiento de los católicos en pugna con la alianza liberal-conservadora; y el incendio del templo de la Compañía de Jesús en Santiago y el holocausto de miles de católicos. De los cuatro cuadros se concluye el triunfo de masones, conservadores y liberales, la debilidad de ciertos sectores del clero y la permanencia de un arraigado catolicismo en la sociedad.

PALABRAS CLAVE. Chile. Manuel Montt Torres. Catolicismo chileno. Liberalismo y conservadorismo chilenos. Masonería en Chile.

ABSTRACT. In this work we analyze how, during the Presidency of Manuel Montt Torres (1851-1861), the economic crisis and then religious one produced a social and political division which arises a public revival of Catholicism. The study is divided into four stories or images: the life of the bourgeois elite of Santiago and the influence of Freemasonry; the question of the verger Pedro Santelices, dismissed by the priest of the Cathedral of Santiago Francisco Martínez Garfías; the regrouping of Catholics in struggle with the liberal-conservative alliance; and the burning of the Temple of the Society of Jesus in Santiago and the holocaust of thousands of Catholics. From the pictures it is concluded the triumph of masons, conservatives and liberals, the weakness of certain sectors of the clergy and the permanence of a deeply-rooted Catholicism in society.

KEYWORDS. Chile. Manuel Montt Torres. Chilean Catholicism. Chilean liberalism and conservatism. Freemasonry in Chile.

1. El escenario

Viejas casas de adobes, con zaguán, reflejaban borrosos los colores de sus muros exteriores en las acequias cuyas aguas corrían al borde de las aceras, en tanto una carreta tirada por bueyes desde lejos hacía oír el chirrido de sus ruedas a modo de coro estridente que acompañaba al canturreo de las gallinas, afanadas en buscar semillas en el suelo de las veredas.

La brisa a veces fresca de principios de octubre trayendo, ora el perfume de la flor de la pluma, ora los hedores de los perros muertos pudriéndose allá en el callejón de San Antonio¹, completaba el

1. ANTONIO ROCO DEL CAMPO, *Tradición y leyenda de Santiago*, Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941, pp. 185 a 188.

marco dentro del cual la ciudad de Santiago recién se despezaba al intentar salir de su estado semi rural, comenzando la segunda mitad del siglo diecinueve.

No obstante la placidez heredada del pasado, el progreso asomaba ya su rostro prometedor representado por la vía férrea que, en el reciente mes de enero de 1856 se había logrado prolongar hasta Quillota. Naciendo en Valparaíso se proyectaba alcanzar con el ferrocarril hasta la capital, aunque a estas alturas las dificultades inesperadas de los trabajos habían desanimado a los accionistas Matías Cousiño y Josué Waddington y así, sosteniendo la empresa sólo quedaban la familia Gallo Goyenechea y el Fisco, este último en calidad de socio mayoritario mientras que los Gallo eran cercanos parientes del presidente Manuel Montt Torres².

La línea de telégrafos, igualmente con fuerte subvención estatal, comunicó durante ese mismo año 1856 a Santiago con Talca³ y casi la totalidad de las cuatrocientas cincuenta y cuatro nuevas escuelas públicas laicas legadas por el último mandatario ilustrado ya habían quedado terminadas en el primer lustro de su gobierno, reafirmando con ello al «estado docente»⁴, formando parte éste de la concepción de Estado omnipotente y gobierno absolutista que en esos años sustentaba una elite rectora cuya tendencia era controlarlo todo, desde las empresas comerciales hasta la enseñanza. Además de compartir tal concepción del Estado, dicha elite rectora⁵ adhería a la también

2. Francisco Antonio ENCINA ARMANET, *Historia de Chile*, Santiago de Chile, Ed. Vea, 1986, tomo XXXII, p. 47.

3. *Ibid.*, p. 50.

4. Agustín EDWARDS MAC CLURE, *Cuatro presidentes de Chile*, Santiago de Chile, Imp. y Litografía Universo, 1932, tomo I, p. 154; y Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXIV, p. 46.

5. La elite rectora se ha conocido como castellano-vasca y también como elite burguesa santiaguina. A principios del siglo diecinueve la formaban cuarenta familias que dado el estrecho emparentamiento por sucesivos matrimonios entre sí y su residencia en Santiago, no tenía el carácter de elite nacional sino el oligárquico de una sola y extensa familia opulenta que acaparó para sus miembros el poder, los honores y los empleos públicos. Véase, *ibid.*, tomo XII, p. 194; y tomo XIII, p. 11. También Bernardino

ilustrada idea del progreso histórico indefinido, amada asimismo por el presidente Montt⁶.

Después de varios años de bonanza procurada por la minería de la plata nortina, la producción de este metal decayó en 1856 a los dos tercios y en 1857 a menos de la mitad, al mismo tiempo de producirse consecutivas malas cosechas en la agricultura.

De inmediato las importaciones anuales excedieron en \$1.600.000 a las exportaciones, los intereses de los préstamos otorgados por la Caja de Crédito Hipotecario, que en 1855 se habían elevado inesperadamente del seis al diez por ciento anual, subieron en 1856 al quince y en 1858 al dieciocho y hasta el veinticuatro por ciento anual, bajando los bonos de dicha Caja al sesenta y dos por ciento de su valor.

A fines de agosto de 1857 la contracción monetaria y crediticia se hizo tan intensa que en Valparaíso las transacciones comerciales se paralizaron totalmente.

Entonces comenzó a circular la inminencia de la quiebra de opulentos ciudadanos de la talla de Juan de Dios Correa Martínez y Ángel Ortúzar Formas, emparentado este último con el presidente de la república al contraer segundo matrimonio con Carolina Montt Luco.

Muchos hicieron quiebras ruidosas.

Gran cantidad de viudas que habían confiado todos sus ahorros en manos de Manuel Eyzaguirre Portales, se sumergieron en la más espantosa miseria con la quiebra de la sociedad Pando, Eyzaguirre y compañía⁷.

Por ser hermano del presbítero Ignacio Víctor Eyzaguirre, Ma-

BRAVO LIRA, *El absolutismo ilustrado en Chile*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1994, pp. 21, 22, 24, 25 y 299; y Alfredo JOCELYN-HOLT, *La independencia de Chile. Tradición, modernidad y mito*, Santiago de Chile, Ed. Mapfre, 1992, pp. 108 y 109.

6. Cristóbal GARCÍA HUIDOBRO BECERRA, *Yo, Montt*, Santiago de Chile, Ed. Vergara, 2009, pp. 12, 13 y 89.

7. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXIII, pp. 36 y 37.

nuel Eyzaguirre tenía gran ascendiente en la sociedad devota de Santiago y así las viudas le habían entregado su dinero⁸.

Las quiebras se sucedían unas a otras acumulando un pasivo que en su conjunto subió a más de tres millones de libras esterlinas, suma enorme y abrumadora para Chile⁹.

El precio de la propiedad rural bajó en cuarenta por ciento y al llegar septiembre de 1857, la provincia de Maule comenzó a sentir hambre, pues en ninguna parte quedaban granos, semillas ni hortalizas.

Esto terminó de dar la sensación de total catástrofe¹⁰. Las principales concepciones de la elite castellano-vasca, entre ellas el progreso¹¹,

8. *Ibid.*, tomo XXXII, p. 36.

9. Agustín EDWARDS MAC CLURE, *Cuatro presidentes de Chile*, cit., tomo I, p. 193.

10. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXIII, pp. 37 y 38.

11. Tanto el progreso entendido como utopía revolucionaria que pretende redimir al hombre por medio de la ciencia y la técnica, como el progreso en su aspecto de palabra-talismán han sido estudiados por célebres especialistas. Véase: Plinio CORREA DE OLIVEIRA, *Revolución y Contra Revolución*, 2ª ed., Santiago de Chile, Ed. Apóstol, 1992, pp. 65, 66 y 88; del mismo *Trasbordo ideológico inadvertido y diálogo*, Santiago de Chile, Corp. Cultural Santa Fe, 1965, pp. 43 a 52. Una síntesis de la obra de Hans BARTH, *Masa y mito*, sobre las ideas de George Sorel, en *El Mercurio* (Santiago de Chile), 3 de noviembre de 1974. «Nosotros –decía el ilustrado Domingo F. Sarmiento– creemos en el progreso, es decir, creemos que el hombre, la sociedad, la naturaleza misma marchan a la perfectibilidad, por lo tanto es absurdo volver los ojos atrás y buscar modelos en siglos pasados». Véase: Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXIV; pp. 66; Sergio VILLALOBOS, Osvaldo SILVA, Fernando SILVA y Patricio ESTELLÉ, *Historia de Chile*, tomo III, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1976, pp. 557; Agustín EDWARDS MAC CLURE, *Cuatro presidentes de Chile*, cit., tomo I, p. 73. Contraponiéndose a la ilustración, la Iglesia Católica enseña que «entre la Ascensión del Señor al cielo y el día de su segunda venida a la tierra, no hay ningún paraíso terrenal». Véase: *Hablan tres cardenales*, Santiago de Chile, Ed. U. Católica de Chile, 1986, p. 61.

el sistema republicano¹², la veneración por el orden público¹³ y el Estado omnipotente, corrían el riesgo de quedar completamente desprestigiadas, a tal extremo que políticamente la única solución era desviar la atención del país hacia otro tema que pudiera calar hondo en las personas.

En aquella época uno de los más inquietantes problemas era el conflicto entre el gobierno y la Iglesia que, con altibajos, se manifestaba desde 1817, cual compañero inseparable de la república, y que no solamente se limitaba al irrefrenable impulso de la elite castellano vasca de someter a la Iglesia desde el gobierno.

En abril de 1855 había llegado Manuel Blanco Encalada a Roma, enviado por el presidente Montt.

Fundador y venerable maestro de la logia «filantropía chilena», Blanco, cuya «vida fue un ejemplo permanente del espíritu masónico»¹⁴ llevó a Roma peticiones de tal naturaleza para llegar a un concordato que su Santidad Pío IX se vio en la triste necesidad de rechazarlas con «cierta brusquedad»¹⁵.

Representando al gobierno chileno, Blanco no hacía más que

12. «La forma republicana democrática adoptada forzosamente no era la expresión del genio nacional, ni el producto del pasado histórico del pueblo chileno y por eso, la república democrática chocaba violentamente con los hábitos, aptitudes y estado social de los chilenos». Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXIII p. 91.

13. El concepto portaliano de orden público, asumido también por los «pelucones» se realiza como resultado final del progreso y por ello es que se le asigna el carácter de utopía revolucionaria. Por esto es que se contrapone con el orden cristiano que la Revolución intenta demoler. El orden cristiano es definido por San Pío X en Carta sobre Le Sillon «*Notre charge apostolique*»: «no se edificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado. No, la civilización no está por inventar, ni la nueva ciudad por construir en las nubes. Ha existido, existe: es la civilización cristiana, es la ciudad católica».

14. Fernando PINTO LAGARRIGUE, *La masonería y su influencia en Chile*, Santiago de Chile, Ed. Orbe, 1966, pp. 121 y 122.

15. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXVI, p. 130.

seguir el camino de Napoleón Bonaparte, cuyo concordato había servido de modelo para una serie de ellos que celebrarían después en Europa. «El ardid napoleónico consistía en introducir a los concordatos ciertas cláusulas que *conferían poderes adicionales* en asuntos eclesiásticos» a los gobiernos civiles, bajo el pretexto de resguardar éstos un inexistente derecho de patronato¹⁶.

Volvió Blanco con un proyecto de concordato propuesto por la Santa Sede en el cual como era natural para un país católico y un gobierno que aducía ser protector de la Iglesia y de la Religión Católica, se habían introducido disposiciones de los Sagrados Cánones que excomulgaban a los herejes y a sus secuaces, incluyendo entre ellos a los lectores de libros heréticos y a aquellos individuos que hubieran maltratado a funcionarios pontificios, como ocurrió en nuestro país durante la visita de la Misión Muzi en 1824¹⁷.

De haberse aceptado y aplicado en Chile ese concordato habría quedado automáticamente fuera de la iglesia y de los Sacramentos la elite dirigente casi completa.

El gobierno de Montt, por boca del anticlerical Antonio Varas de la Barra, ministro del interior, dio a conocer que el país continuaría manteniendo sus relaciones rotas con el Vaticano al no poder aceptar el concordato debido a que los preceptos constitucionales se lo impedían.

Así, el gobierno de Montt decidía transformar también la constitución en un objeto de veneración pública poniéndola por encima de la debida a la Religión Católica, pero al mismo tiempo, dejaba en evidencia la debilidad de su argumento regalista, el cual afirmaba que le correspondía al presidente asumir el rol de protector del Catolicismo.

Sin embargo, con este incidente, además de debilitar la argumentación republicana, la hábil diplomacia vaticana dejaba establecida a la Santa Sede con primacía efectiva sobre toda la Iglesia¹⁸,

16. Philip HUGHES, *Síntesis e Historia de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1958, p. 286 (el destacado es nuestro).

17. Agustín EDWARDS MAC CLURE, *Cuatro presidentes de Chile*, cit., I, pp. 136 a 138.

18. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXI, pp.

cosa que el mismo Montt cuando se desempeñaba como ministro de Culto durante el gobierno de Bulnes, había desconocido al obligar a Monseñor Valdivieso a jurar expresamente la desobediencia al Papa y a mantener independencia de Roma como Arzobispo de Santiago¹⁹.

Con dicho juramento, la elite castellano-vasca le había ocasionado al Prelado una seria reprimenda pontificia, la que, junto a la presión de los fieles, llevarían a Monseñor Valdivieso a variar su habitual posición en extremo complaciente con el enemigo liberal²⁰, enemigo al cual don Rafael Valentín se encontraba, además, ligado por estrechos lazos de parentesco.

Al momento del anuncio de Varas sobre el rechazo chileno al concordato con la Santa Sede, Montt venía recién saliendo de otro serio roce con la Iglesia al mandar el gobierno chileno contratar a las Hermanas de la Caridad de nacionalidad francesa, llegadas en 1854 a nuestra tierra, después de atropellar Montt al Arzobispo de Santiago quien deseaba traer una orden de la caridad española²¹.

En este choque entre las voluntades del presidente Montt y del Arzobispo Valdivieso ningún precepto constitucional se interponía. Por el contrario, el gobierno deseaba poner tardío remedio a la expulsión de la Orden de San Juan de Dios realizada en 1824 por Freire, cumpliendo así el pipiolaje de esa época los designios de Toribio Larrain Guzmán²², que habían dejado durante un cuarto de siglo a los hospitales chilenos sin personas preparadas para atenderlos, factor importante en la crisis que se venía encima en la salud pública.

En el mismo año 1854, cuando llegaron las Hermanas contrata-

54 y 55.

19. *Ibid.*, tomo XVIII, pp. 127 y 128; VILLALOBOS ET AL., *Historia de Chile*, cit., tomo III, pp. 567 y 568; y Jaime EYZAGUIRRE, *Historia de Chile*, 2ª ed., Santiago de Chile, Ed. Zigzag, 1973, p. 616.

20. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXVIII, p. 118.

21. *Ibid.*, tomo XXXII, p. 62.

22. Lillian CALM, *El Chile de Pío IX*, Santiago de Chile, Ed. A. Bello, 1987, p. 181; y Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XIX, pp. 15 a 17 y 21 a 24.

das por Montt, el ministro Varas declaraba en la Cámara de Diputados que los jesuitas no necesitaban licencia para establecerse en Chile y abrir colegios pero sin poder organizarse la Orden Religiosa en corporación reconocida por las leyes, con lo cual la Cámara aplazó indefinidamente un proyecto nacido en el Senado autorizando la reinstalación de las Órdenes Religiosas en el país²³.

Con esto, las Órdenes Religiosas quedaban en precaria situación al no poder poseer ni administrar bienes y peligrando ser expulsados rápidamente sus miembros en cualquier momento, mediante una simple decisión administrativa.

2. La cuestión del sacristán

Coincidente con la grave crisis económica que azotaba al país bajo el gobierno del ilustrado Montt, en enero de 1856 el presbítero de la Catedral de Santiago Francisco Martínez Garfias por razones justificadas destituyó a un sacristán y este último recurrió ante el cabildo eclesiástico, encontrando allí apoyo.

El presbítero Martínez Garfias apeló entonces ante el Vicario General suplente, quien dio la razón al presbítero, siendo además respaldado en su resolución por el Arzobispo de Santiago, poniendo con ello punto final a un conflicto interno como muchos otros parecidos que terminaban acatando lo resuelto por la máxima autoridad de la Arquidiócesis.

Sin embargo, esta vez, dos miembros del cabildo que habían apoyado al sacristán, presentaron un recurso de fuerza ante la Corte Suprema.

En base a un informe preparado por su fiscal Camilo Vial For-

23. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXI, p. 51, y tomo XXVI, p. 131 (sacerdotes españoles y de otras nacionalidades que habían sido perseguidos por el liberalismo en otros países llegaban espontáneamente a Chile y, evidentemente conocedores en sus lugares de origen del problema, aquí distinguían muy bien al enemigo, constituyendo así un importante factor en la prolongación del reavivamiento católico y en el endurecimiento de la actitud de algunos preladados chilenos).

mas, ex ministro de Estado conocido por su ligereza de juicio y su conducta agresiva contra la Iglesia²⁴, la Corte Suprema emitió un fallo contrario a lo resuelto por el Arzobispo de Santiago don Rafael Valentín Valdivieso Zañartu.

Este asunto conocido más tarde como «la cuestión del sacristán» comenzó a concitar la atención por encima de la crisis económica, tal como le convenía al gobierno, pero detrás de todo comenzaba a gestarse la unidad espiritual del clero chileno en torno a su máxima autoridad arzobispal y esta circunstancia, escapó completamente a lo esperado por el gobierno de Montt.

El fallo de la Corte Suprema fue dado a conocer el 30 de agosto de 1856 e inmediatamente el clero se reunió y acordó instar al Prelado a reaccionar con firmeza. Al día siguiente, 31 de agosto, reunido nuevamente el clero acordó fundar la Sociedad Santo Tomás de Canterbury, comprometiéndose cada uno de los concurrentes a no recurrir nunca más a los tribunales ordinarios de justicia para resolver asuntos de la Iglesia²⁵.

El gobierno de Montt replicó a través del ministro Varas amenazando con excluir a los eclesiásticos de los beneficios que tenían, pero el clero se mantuvo firme junto a su Pastor, quien, aconsejado por los dignatarios que lo rodeaban dio un golpe de muerte al argumento del patronato sustentado por el presidente de la república, llamándolo públicamente a, en virtud de su calidad constitucional de protector de la Religión Católica, dictar las providencias para evitar los males que se seguirían del atropello a la Iglesia por los tribunales de justicia²⁶.

A modo de respuesta al llamado hecho por la Iglesia al presidente de la república, el 18 de octubre de 1856 la Corte Suprema confirmó su fallo anterior, amenazando eso sí al Arzobispo con desterrarlo del país y el 24 del mismo mes, el nuevo ministro del interior Francisco Javier Ovalle Bezanilla, que quizá para suavizar las

24. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXI, pp. 66 y 67.

25. *Ibid.*, p. 67.

26. *Ibid.*, p. 70.

cosas había sido puesto allí porque tenía una fama menos laica que su antecesor Varas, respaldó la resolución de la Corte, contestando así negativa y oficialmente la petición de Monseñor Valdivieso.

Con ello, el gobierno provocó una conmoción pública de tal envergadura que excedió a todo lo previsto²⁷, pues para la inmensa mayoría de los habitantes del país que se mantenían católicos, quedaba en evidencia la falsedad del patronato que hasta entonces había esgrimido el gobierno en sus tensas relaciones con la Iglesia.

Al día siguiente, el Arzobispo de Santiago comenzó a recibir las adhesiones de amplios sectores, incluidos algunos jefes pipiolos que se daban cuenta de que la crisis política en la cual se encontraba Montt se sumaría sin remedio a la crisis económica. Por su parte, los católicos acudían a manifestar su decisión de defender con el sacrificio de sus vidas al Pastor²⁸.

Mientras tanto, lujosa fiesta celebraban los amantes del progreso indefinido el 17 de septiembre de 1856 en el Teatro Municipal de la capital, donde se interpretó la ópera *Hernani* de Verdi, con el edificio y calles adyacentes iluminados por primera vez mediante faroles a gas que recién había instalado la empresa fundada por José Tomás Urmeneta García. A pesar de esta fiesta del progreso, el presidente Manuel Montt permanecía profundamente abatido por culpa de la derrota que comenzaba a sufrir su gobierno con el rumbo tomado por la cuestión del sacristán.

Uno de los hechos que había venido a intensificar su abatimiento, aumentando las heridas sufridas en su amor propio, fue la campaña efectuada en octubre de 1856 por las Hijas de María en los hogares de la capital y a la salida de Misa en los Templos²⁹. Además de recoger adhesiones respaldando a Monseñor Valdivieso, las Hijas de María dejaron en evidencia que Montt era enemigo de la Religión

27. *Ibid.*, p. 76.

28. *Ibid.*

29. Agustín EDWARDS MAC CLURE, *Cuatro presidentes de Chile*, cit., tomo I p. 145. Ricardo NAZER AHUMADA, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX*, Santiago de Chile, Ed. Direc. Bibliotecas, Archivos y Museos, 1994, pp. 135 a 144.

Católica, restándole con ello la admiración de varias señoras, incluidas algunas cercanas parientes del presidente.

Temeroso ante las consecuencias que se veían venir con motivo de la amenaza de destierro que no podría hacer cumplir, el gobierno de Montt a través de Antonio Varas de la Barra y de Joaquín Tocornal Jiménez, procedió a presionar a los dos canónigos iniciadores del asunto del sacristán para que se desistieran de su recurso. Así lo hicieron rápidamente los canónigos permitiendo con ello a la Corte Suprema dejar inmediatamente sin efecto su fallo y orden de destierro contra el Arzobispo³⁰.

Con esta muestra de debilidad, el gobierno de Montt apresuró su desprestigio y sus partidarios lo comenzaron a abandonar con rapidez inusitada dando origen así a una crisis política que se sumaba a la crisis económica.

Con el correr del año 1857 no mejoraban las cosas para Manuel Montt. Como una forma de hacer olvidar sus errores el presidente había propuesto una amplísima amnistía que no fue aceptada por sus propios partidarios más cercanos, por lo cual Montt promulgó una ley reducida solamente a los hechos de 1851, esto, mientras durante aquel año 1857 la crisis económica llegaba a su momento culminante acarreado el mayor descontento nacional.

El 10 de agosto de 1857 el Senado se negó a tratar la ley de presupuesto³¹. Cinco días después fallecía el hijo mayor del presidente, aumentando con ello el abatimiento de Manuel Mott quien decidió renunciar a la presidencia de la república y después de varias vacilaciones, finalmente los primeros días de septiembre la envió por escrito al Congreso.

Al percatarse de la progresiva postración moral del presidente Montt y los perjuicios que esto podría acarrear a sus intereses políticos, los más importantes miembros de la elite burguesa santiaguina buscaron una solución al problema, ocurriéndosele a algunos hacer

30. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXI, p. 76.

31. Ricardo NAZER AHUMADA, *José Tomás Urmeneta*, cit., pp. 158 y 160.

una especie de muestra de reconciliación nacional. Para tales efectos habría que llamar a los liberales al gobierno formando un nuevo gabinete, esto, considerando que en nuestro país venía muy bien encaminada la alianza política entre católicos y liberales. Jerónimo Urmeneta García, amigo de confianza de Montt y miembro de la masonería, quedó encargado de encabezar y formar el nuevo gabinete que contó con dos de los hasta entonces más enconados opositores liberales: Salvador Sanfuentes Torres y Francisco de Borja Solar Gorostiaga. El ministerio de Guerra lo ocupó el general Manuel García Castillo. A renglón seguido, el Congreso devolvió la carta renuncia a Manuel Montt.

Como fácilmente podemos apreciar, la cuestión del sacristán dio origen a un verdadero cataclismo político que hizo desaparecer el concepto de gobierno existente hasta entonces y que se ha conocido como régimen ilustrado o portaliano³².

Los pelucones que habían respaldado a los gobernantes de los decenios autoritarios se dividieron en dos con motivo del asunto del sacristán. Por una parte, los admiradores del gobierno de Montt que cerraron filas el 26 de diciembre de 1856 para formar el 31 de diciembre de ese año un partido político llamado montt-varista o Nacional que defendía el progreso y la conservación del orden, y, estaba constituido por una mayoría que asumía una actitud hostil y agresiva contra el Prelado y la Iglesia³³, sin embargo, tales

32. Fernando SILVA VARGAS, «Ilustración tardía», *El Mercurio* (Santiago de Chile), 11 octubre 1991, p. A-3. Alejandro GUZMÁN BRITO, *Portales y el derecho*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1988, pp. 36, 41, 55, 66 y 67. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXIII, p. 110: «La creación portaliana fue una falsa cristalización del contenido político del pueblo chileno. El concepto portaliano de gobierno fuerte constituía el polo opuesto de la idiosincrasia de la elite castellano-vasca, inclinada a los gobiernos blandos y pasivos. Por eso, el régimen portaliano fue artificial y pasajero, cuyos días estaban contados antes de nacer».

33. Bernardino BRAVO LIRA, «Los primeros partidos políticos», en *Formas de sociabilidad en Chile. 1840-1940*, Santiago de Chile, Fundación Mario Góngora, 1992 pp. 21-23. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXI, p.91 y tomo XXXII pp. 17 a 20. Bernardo

montt-varistas o nacionales desde el punto de vista doctrinario eran liberales³⁴.

Otros miembros de la elite castellano-vasca que, habiendo recibido la influencia ideológica francesa de 1848 se mostraban contrarios al autoritarismo de Manuel Montt, por lo cual ante la crisis política manifestada en 1856 decidieron formar un partido político liberal en octubre de 1856, pero la elección de la junta directiva solamente se llegó a realizar en diciembre de ese año³⁵.

SUBERCASEAUX, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1997, tomo II, p. 77. La identidad de los primeros montt-varistas da una idea de su origen social: Diego José Benavente Bustamante, Juan Agustín Alcalde Bascuñán, Pedro García de la Huerta Saravia, Enrique Campino Salamanca, José Fco. Gana López, Pedro García Huidobro, Santiago Salas Palazuelos, Matías Cousiño Jorquera, Domingo José Toro Guzmán, Manuel José Cerda Concha, José Tomás Urmeneta García, Domingo Matte Mesías, José Manuel Valdés Larrea, Silvestre Ochagavía Errázuriz, Francisco de Borja Eguiguren Urrejola, Juan Domingo Dávila Silva, Juan José Gandarillas Guzmán, Joaquín Pérez Mascayano, José Besa Infantas, Máximo Mujica Echaurren, Jerónimo Urmeneta García, Juan Pablo Urzúa, Matías Ovalle Errázuriz, Ignacio Zenteno Gana, Vicente Reyes Palazuelos, etc.

34. Gonzalo VIAL CORREA, *Liberalismo y conservatismo en Chile*, Santiago de Chile, Instituto de Economía Política U. A. Ibáñez, 2002, p. 33.

35. Bernardino BRAVO LIRA, «Los primeros partidos políticos», *op. cit.*, p. 21. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXII, pp. 19 a 21. La junta directiva liberal quedó constituida por Ramón Errázuriz Aldunate, Joaquín Lazo Castillo, José Miguel Carrera Fontecilla, Domingo Santa María González, Francisco Vargas Fontecilla, Manuel Carrasco Albano, Benicio Álamos González, Aniceto Vergara Albano, ingresando como simples militantes Bruno Larrain Aguirre, Pedro Félix Vicuña Aguirre, Francisco Marín Recabarren, Fco. de Borja Solar Lecaros, Manuel Eyzaguirre Portales, Federico Errázuriz Zañartu, Diego Barros Arana, Ángel Custodio Gallo Goyenechea, Justo Arteaga Alemparte, Benjamín Vicuña Mackenna, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui Aldunate. Encabezaba a los liberales que rechazaban la fusión José Victorino Lastarria Santander. Véase Bernardo SUBERCASEAUX, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, cit., tomo II, p. 159.

Un tercer grupo de miembros de dicha elite decidió constituirse en plana mayor de los católicos que se habían manifestado a favor del Arzobispo Valdivieso³⁶ con motivo de la agresión en su contra cometida por el gobierno de Montt y a resultas de la cuestión del sacristán. Este grupo que se instalaba en calidad de cabecilla del nuevo partido que se denominaba Conservador católico, aprovechaba que en esos momentos los nacientes partidos no eran exigidos de tener un reconocimiento constitucional o legal³⁷. Tampoco tenían sede ni organización propia ni se costeaban con erogaciones regulares de sus miembros. Sus dirigentes se reunían en casa de alguno de ellos, el más connotado y sus tierras y negocios suministraban una red de relaciones personales sobre la cual se articulaba el partido³⁸, es decir, los vínculos entre política y dinero eran naturales. De este modo, el control ejercido por ese dirigente connotado sobre los demás integrantes del nuevo partido Conservador católico era casi absoluto.

Desde su nacimiento hasta 1867, el partido Conservador católico estuvo presidido por Manuel Antonio Tocornal Grez, quien tenía sentimientos liberales³⁹ y era considerado apóstol de la conciliación con los adversarios⁴⁰.

Este divorcio entre la mentalidad de su más connotado dirigente y la mentalidad de las bases católicas denominadas «ultramontanas»

36. Bernardino BRAVO LIRA, «Los primeros partidos políticos», *op. cit.*, p. 18. Los primeros dirigentes conservadores fueron: Joaquín Tocornal Jiménez, Ramón Subercaseaux Mercado, Juan de Dios Correa Martínez, Fco. Ignacio Ossa Mercado, Rafael Larrain Moxó, Miguel María Güemes Fernández, Ignacio Ortúzar Castillo y Manuel Antonio Tocornal.

37. Gonzalo ROJAS SÁNCHEZ, «La evolución de la libertad política en Chile desde Portales a Balmaceda», *Revista de Derecho de la Universidad Católica del Norte* (La Serena), año 2000, p. 58.

38. Bernardino BRAVO LIRA, «Los primeros partidos políticos», *op. cit.*, p. 15.

39. Agustín EDWARDS MAC CLURE, *Cuatro presidentes de Chile*, cit., tomo I, p. 217. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXI, p. 96.

40. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXIV, p. 87.

por su ortodoxia, venía a reproducir al interior del nuevo partido la escisión espiritual existente en el país entre la elite castellano-vasca y el resto de la sociedad chilena. Tal vez por eso, este partido católico que –según Encina– nació contando casi «con la mitad del electorado entre Illapel y Lontué, permanecía dividido en tres sectores: los laicos encabezados por Rafael Larrain Moxó, los beatos dirigidos por Francisco Ignacio Ossa Mercado y los progresistas dirigidos por Manuel Antonio Tocornal Grez»⁴¹.

Este podría ser el motivo por el cual a pesar del llamado de los Obispos, gran parte del clero y la mayoría católica no ingresarían al partido Conservador católico sino hasta 1873, oyendo recién entonces la convocatoria de Cifuentes, Walker y otros dirigentes considerados más identificados con el «ultramontanismo» a quienes les cabría organizar definitivamente al partido de carácter confesional, aunque siempre existiendo en su seno un ala laica dirigida hasta fines de siglo por Manuel José Irrarrázaval Larrain⁴².

Los nacionales eran «un ejército de generales sin soldados» formado por la mayoría de los librepensadores de la época⁴³, en tanto los liberales, sólo un «cerebro sin cuerpo», pues carecían de electores⁴⁴.

Por esta debilidad del liberalismo y además con el fin de aislar políticamente a los católicos, desplazarlos y perseguirlos en cuanto el partido Liberal se robusteciera⁴⁵, estos últimos porfiaron por aliarse con los conservadores escondiendo sus verdaderas intenciones anticlericales, confiando en mantener así adormecido al gigante católico que ya despertaba⁴⁶.

41. *Ibid.*, tomo XXXII, p.

42. *Ibid.*, tomo XXXII, p. 19; tomo XXXIV, pp. 99 y 100; y tomo XXXIX, p. 31. Sol SERRANO, *¿Qué hacer con Dios en la República?*, Santiago de Chile, FCE, 2008, p. 200.

43. Gonzalo VIAL CORREA, *Historia de Chile*, 2ª ed., Santiago de Chile, Ed. Santillana, 1981, vol. I, tomo I, p. 577.

44. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXII, pp. 19 a 21.

45. *Ibid.*, tomo XXXI, pp. 79 y 89; tomo XXXII, pp. 19, 20 y 37.

46. Bernardino BRAVO LIRA, «Los primeros partidos políticos», *op. cit.*,

Desde los meses de julio y agosto de 1857 liberales y conservadores conducidos por dirigentes de la elite castellano-vasca se aliaron de hecho, desatando juntos una campaña opositora contra el gobierno de Montt, haciendo tambalear al ministro Ovalle⁴⁷, por lo cual el presidente decidió organizar un nuevo gabinete encargándole la tarea a Jerónimo Urmeneta García, influyente personaje iniciado en los talleres masónicos junto con su hermano, el millonario José Tomás Urmeneta⁴⁸, contando ambos con las simpatías de los dirigentes políticos del país.

Los liberales continuaron informalmente aliados con los conservadores en oposición política al gobierno de Montt hasta que a

p. 19.

47. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXII, p. 82.

48. Fernando PINTO LAGARRIGUE, *La masonería y su influencia en Chile*, cit., p. 178. La logia «filantropía chilena» la fundó Manuel Blanco Encalada el 15 de marzo de 1827 con Manuel José Gandarillas Guzmán, Manuel Rengifo Cárdenas, Juan Fco. Zegers Duras, Ventura Blanco Encalada, Victorino Garrido y Jorge Lyon Thomas. La sociedad de la igualdad fue una proyección de la masonería al mundo profano (*ibid.*, p. 157). El 27 de julio de 1853 fundaron en Valparaíso la logia «unión fraternal»: Juan de Dios Arlegui Gorbea, José Victorino Lastarria Santander, Guillermo Blest Gana, Emilio Sotomayor Baeza, Erasmo Escala Arriagada, Isidoro Errázuriz Errázuriz y otros (*ibid.*, p. 174). El 23 de mayo de 1862 se instaló la gran logia de Chile y bajo su amparo nacieron en la capital las logias «justicia y libertad», «deber y constancia» y «verdad». En ellas se iniciaron Eduardo de la Barra Lastarria, Manuel Antonio y Guillermo Matta Goyenechea, Miguel Santa María Artigas, Juan Agustín Palazuelos Ramírez, León y Ángel Custodio Gallo Goyenechea, Diego Barros Arana, Francisco Gandarillas Luco, José Ignacio y José Fco. Vergara Echevers, Aníbal Pinto Garmendia, Justo y Domingo Arteaga Alemparte, José Tomás y Jerónimo Urmeneta García, Guillermo y Francisco Puelma Tupper, Juan Enrique Lagarrigue Alessandri, Manuel Carrera Pinto, Emilio Orrego Luco, Benicio Álamos González, Samuel Izquierdo Urmeneta y muchos otros (*ibid.*, pp. 178 y 179). Se afirma que la primera logia llamada «aurora» la fundaron en Chile José Miguel Infante Rojas, Fco. Antonio Pinto Díaz y Ramón Errázuriz Aldunate (*ibid.*, pp. 104 y 105).

principios de 1858 una comisión formada por Rafael Larrain Moxó, Francisco Ignacio Ossa Mercado y Ramón Subercaseaux Mercado por los conservadores, Federico Errázuriz Zañartu, Ángel Custodio Gallo Goyenechea y Domingo Santa María González, por los liberales, dio forma a un pacto hecho y derecho nominándolo «fusión liberal conservadora».

La directiva liberal y los jefes conservadores «perteneían a una misma casta social, sus intereses eran comunes, como lo eran sus antipatías y prejuicios».

«Al unirse, no hacían sino regresar a un hogar común que habían abandonado a raíz de una diferencia afectiva y no ideológica»⁴⁹.

Recién a partir de 1870 y nutriéndose en el «club de la reforma», el partido Liberal chileno constituiría una fuerza política capaz de actuar sin el auxilio conservador. Sólo entonces, el partido Liberal mostraría su verdadero rostro anticlerical intolerante.

El último efecto de la cuestión del sacristán tuvo un carácter social y político que resultó determinante en la consolidación de la fusión liberal conservadora. Finalizando el año 1856 el liberal Federico Errázuriz Zañartu se trasladó a residir a la casa de su tío el Arzobispo Valdivieso y desde allí, con el concurso de Fernando Urizar Garfias, Antonio Larrain Aguirre y Manuel Eyzaguirre Portales, comenzó a preparar un levantamiento armado con el apoyo de algunos regimientos, movimiento éste que, bajo el pretexto de reclamar por las ofensas a la Iglesia, servía a los fines de Errázuriz⁵⁰, tratando de tentar a los católicos y comprometerlos en una aventura inoportuna: la guerra civil de 1859.

49. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXI, p. 89. Sol SERRANO, *¿Qué hacer con Dios en la República?*, cit., p. 192. El pacto liberal-conservador se selló en la chacra de Ramón Subercaseaux Mercado.

50. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXI, p. 77.

3. La reacción católica

Había una gran diferencia entre los católicos que, sometién-dose a los caprichos de los primeros gobernantes republicanos no se metían en política, y, estos otros católicos que se hacían oír a fines del gobierno de Montt.

La definición del Dogma de la Inmaculada Concepción provocó entre los católicos chilenos el resurgimiento de la Devoción Mariana por una parte y el renacimiento del espíritu de lucha, por otra. En efecto, desde aquel 8 de diciembre de 1855 en que se comenzó a celebrar la definición del Dogma, la Devoción Mariana se incrementó enormemente en el pueblo y especialmente en las mujeres, sin distinción de clases sociales, pero, alejó al ochenta por ciento de los hombres pertenecientes a la elite rectora y que todavía no eran del todo anticlericales⁵¹.

Junto con el despertar de la Devoción Mariana surgió en Chile lo que Encina denomina el *revival*, o rachas esporádicas de reavivamiento de las creencias religiosas que se observan de tiempo en tiempo en los pueblos modernos, como ecos lejanos y desvaídos de las poderosas eclosiones medievales⁵².

Dicho reavivamiento religioso, a su vez, trajo por inmediata consecuencia la elevación moral e intelectual de la mayor parte del clero⁵³, dejando aislados a los sacerdotes liberales tales como Eyzaguirre Portales y Taforó Zamora, al mismo tiempo de exigir

51. *Ibid.*, tomo XXXIV, pp. 110 y 111. Mientras duró la fusión liberal conservadora fueron varios los temas que no se tocaban en dicha coalición política porque sus miembros tenían ideas contrapuestas. Por ejemplo, ilustrados y liberales creían que la pobreza es resultado de la flojera y motivo para practicar la filantropía, en tanto para los católicos la pobreza es la actitud de desapego con lo material que permite practicar la caridad. Véase Macarena PONCE DE LEÓN ATRIA, *Gobernar la pobreza*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 2011.

52. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXVIII, p. 85.

53. *Ibid.*, p. 86.

de los Prelados Valdivieso y Salas, reacciones más firmes y ortodoxas.

También en el clero chileno el *revival* se manifestó en ese entonces a través de la exaltación de su celo apostólico y del deseo de retornar al orden social propio del cristianismo medieval, sintiendo debido a ello la necesidad de batallar, incluso en el terreno político⁵⁴.

Así se explica la fundación de la Sociedad Santo Tomás de Canterbury seguida por otras instituciones posteriores que han sido tildadas como «clericalistas» pero que en la práctica, separaban muy bien a los católicos de los liberales.

Tal separación se manifestó en nuestro país durante el proceso independentista en el que gran parte del clero, siguiendo a los Obispos Rodríguez-Zorrilla y Navarro Martín de Villodres, se pronunció por la monarquía, quedando al lado de los revolucionarios liberales monseñor José Ignacio Cienfuegos Arteaga, fray Joaquín Larrain Salas y un puñado de sacerdotes. Recordemos que la revolución independentista apresó y desterró a numerosos sacerdotes hasta que el 8 de septiembre de 1824 el director supremo Ramón Freire Serrano y su ministro Francisco Antonio Pinto Díaz decretaron la confiscación y clausura de todos los conventos del país, añadiendo a ello la secularización de los religiosos, la supresión de fiestas católicas, la expulsión del país del delegado de Su Santidad el Papa, la incautación de bienes eclesiásticos y el destierro definitivo del Obispo de Santiago⁵⁵.

El triunfo de la revolución independentista y los siguientes gobiernos liberales dejaron a la Iglesia completamente desquiciada, mientras que la falta de sacerdotes hizo suprimir el culto en las parroquias rurales y en muchos pueblodel país, quedando

54. *Ibid.*, pp. 82, 86 y 87.

55. *Ibid.*, tomo XXII, pp. 103, 111 y 116. Lillian CALM, *El Chile de Pío IX*, Santiago de Chile, Ed. A. Bello, 1987, pp. 90, 98, 141, 153, 154, 176 y 184. Benjamín VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, 3ª ed., Buenos Aires, Ed. F. de Aguirre, 1972, p. 623 (nota al pie de página).

sin Sacramentos regiones completas. En la década de 1830 la provincia de Valdivia contaba únicamente con dos sacerdotes y la de Chiloé apenas con tres, en tanto que en el Obispado de Concepción «culto, clero, cabildo eclesiástico y Seminario habían desaparecido»⁵⁶.

Desde 1830 se desempeñaba como Vicario Apostólico de Santiago, el Obispo de Cerán don Manuel Vicuña Larrain quien prefería que los católicos no se metieran en política y tal vez por eso había llegado a ser hombre de confianza de los liberales, pero a pesar de su fama de persona pacífica, Monseñor Vicuña se enemistó con el cabildo eclesiástico santiaguino debido al deseo de don Manuel de hacer renunciar al canónigo don Diego Antonio Elizondo Prado que era vicario general de Santiago y poner en su lugar a don Vicente Aldunate Larrain a lo cual se oponía dicho cabildo alegando razones morales y legales.

La disparidad entre el Obispo y el cabildo se acrecentó porque algunos acusaron al canónigo Elizondo de haber sido re-

56. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXII, pp. 111, 112, 120 y 123; tomo XXVII, pp. 109, 110, 115, 128 y 129. Las órdenes religiosas femeninas también se resintieron, por ejemplo las monjas Agustinas de Santiago en cuyo convento fundado en 1574 se impartía enseñanza a las niñas santiaguinas. Este convento contaba en el siglo XVII con 100 religiosas de velo negro y alrededor de 300 de velo blanco. En 1830 disminuyeron a un total de 35. En este último año el Monasterio San José de la Carmelitas descalzas se encontraba en ruinas. Los pocos sacerdotes regulares que quedaban en 1830 dedicaban la mayor parte de su tiempo a buscar con gran sacrificio sus medios de subsistencia y además estaban sujetos a agresiones por parte de las autoridades civiles. Con las órdenes religiosas desaparecía en nuestro país gran parte de la enseñanza. Véase: *El Arca de Tres llaves. Crónica del Monasterio de las Carmelitas Descalzas de San José*, Santiago de Chile, 1990, p. 131. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXVIII, p. 112. Bernardino BRAVO LIRA, *El absolutismo ilustrado en Chile*, cit., pp. 233 y 234. Sergio VILLALOBOS, *Historia de los chilenos*, Santiago de Chile, Ed. Taurus, 2007, tomo II, p. 103. Gabriel GUARDA, O.S.B., *Los laicos en la cristianización de América*, Santiago de Chile, Ed. U. Católica de Chile, 1987.

alista y el ministro Ramón Errázuriz Aldunate, queriendo inmiscuir a la Santa Sede en el asunto, lo elevó a dimensiones inusitadas transformándolo en un choque entre el gobierno y la Iglesia⁵⁷.

La idea de formar una prensa sana en manos católicas surgió de los Romanos Pontífices siendo acogida primero en Francia por Veuillot y seguida en Chile por la parte más culta de nuestro clero que ya en 1843 había decidido fundar la *Revista Católica* para rechazar los errores del, en esa época denominado «liberalismo católico»⁵⁸, grupo integrado por unos cuantos curas y laicos.

En nuestro país el liberalismo católico se hizo conocido al ser adoptado en 1842 por una especie de club o sociedad literaria que dos años más tarde auspició la publicación del libro *La sociabilidad chilena* en el cual Francisco Bilbao Barquin repetía las ideas de Lamennais expuestas en *L'Avenir*⁵⁹, todo un programa de los liberales católicos. La obra de Bilbao recibió en 1845 la pública adhesión de un grupo de frailes agustinos de Santiago⁶⁰ y en 1848 desde el interior de la facultad de Teología salió un aún mayor espaldarazo⁶¹, respondiendo en cada oportunidad la Revista Católica demostrando que las ideas liberales se oponen a la Doctrina Católica.

57. Julio RETAMAL ÁVILA, *Monseñor Manuel Vicuña Larrain*, Santiago de Chile, Ed. Salesiana, 1981 p. 18.

58. Alfonso BULNES, *Errázuriz Zañartu. Su vida*, Santiago de Chile, Ed. Jurídica, 1930, p. 153. Cristián GAZMURI, *El 48 chileno*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1992, pp. 69 a 71.

59. VILLALOBOS, SILVA y ESTELLÉ, *Historia de Chile*, cit., tomo III, p. 517. Tanto para Lamennais como para Maritain la historia se desarrolla en un ritmo necesariamente progresista. Felicidad Roberto Lamennais nació en Saint Malo en 1782 ordenándose sacerdote en 1816. Sus ideas liberales fueron condenadas en 1832 por Gregorio XVI en *Mirari Vos* y en 1834 condenadas expresamente en *Singulari Nos*. Cristián GAZMURI, *El 48 chileno*, cit., pp. 69 a 71. Julio MEINVILLE, *De Lamennais a Maritain*, Buenos Aires, Theoria, 1967, pp. 4, 16 y 17.

60. Alfonso BULNES, *Errázuriz Zañartu. Su vida*, cit., p. 153.

61. *Ibid.*, pp. 122 a 123.

Decano de la Facultad de Teología era nada menos que el influente sacerdote Ignacio Víctor Eyzaguirre Portales, quien promovía y respaldaba al entonces seminarista, no menos influente, Federico Errázuriz Zañartu mostrándose ambos los más firmes partidarios del liberalismo católico⁶². Tanto Eyzaguirre como Errázuriz eran miembros de la Academia de Ciencias Sagradas dependiente de dicha Facultad de Teología y cuyo presidente, nombrado por decreto supremo de 1845, era el entonces presbítero don Hipólito Salas Toro⁶³.

Era el mismo don Hipólito Salas que había escrito una obra histórica contra la institución de la encomienda y en premio a tal muestra de ruptura con nuestro pasado católico, la Universidad de Chile la había publicado haciéndose cargo de los costos⁶⁴. A mayor abundamiento, recordemos que monseñor Salas, en 1845 secretario del Arzobispado de Santiago, Obispo de Concepción en 1854, diez años más tarde aún no olvidaba sus simpatías por la república liberal y en el Concilio de 1869 haría una elocuente defensa del régimen republicano⁶⁵.

Ambos, Monseñor Valdivieso y Monseñor Salas impusieron en 1871 a Federico Errázuriz Zañartu, sobrino del primero, como candidato de los conservadores a la presidencia de la república en contra de la opinión de los líderes políticos católicos⁶⁶. Ape-

62. *Ibid.*

63. *Ibid.*, p. 118.

64. Revista *Zigzag* (Santiago de Chile), n. 2992, p. 23.

65. Zenón URRUTIA INFANTE, *Obispado de Concepción*, Santiago de Chile, 1957, p. 53. Sol SERRANO, *¿Qué hacer con Dios en la República?*, cit., p. 196. Mons. Salas se opuso a vincular la Iglesia con la monarquía.

66. Abdón CIFUENTES ESPINOSA, *Memorias*, Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1936, tomo II, pp. 112 y 113. Es preciso tener presente que dicho apoyo al liberal Federico Errázuriz lo brindaron Monseñor Valdivieso y Monseñor Salas en 1871, en un contexto político en el cual don Rafael Valentín Valdivieso auspiciaba la alianza política entre el liberalismo y algunos dirigentes católicos conservadores después de la publicación de

nas tres años después, arrepentidos de su error, los dos prelados castigaban con la excomunión a Errázuriz por sus persecuciones contra la Iglesia⁶⁷.

En 1848, el decano de la Facultad de Teología, presbítero Eyzaguirre Portales, propuso reemplazar a los párrocos por funcionarios estatales⁶⁸ con lo cual la vieja aspiración liberal de formar una iglesia nacional separada de Roma se materializaba cada vez más.

Hasta el jefe liberal intentaba en esos años sostener al liberalismo católico. En efecto, en 1850 el masón José Victorino Lastarria publicaba en los periódicos una carta que decía estar firmada por el Arzobispo de Padua Monseñor Pío Castroporci y en la cual se condenaban los argumentos utilizados por la *Revista Católica* para contradecir a Bilbao⁶⁹.

En esos días el periódico santiaguino *El amigo del pueblo* publicaba obras de Lamennais y Carlos Marx mientras el liberalismo daba comienzo a «una verdadera campaña de opinión pública criticando la institución parroquial así como la supremacía pontificia, denostando a los Obispos y rechazando el retorno de las órdenes monásticas»⁷⁰.

Quanta Cura (1864) y del Concilio Vaticano I (1869-1870) en el cual se aprobó la constitución dogmática *Pastor Aeternus* reconociendo la infalibilidad pontificia, siempre que el Papa hablase *ex cathedra*.

67. Ricardo DONOSO, *Las ideas políticas en Chile*, 2ª ed., Santiago de Chile, Facultad de Filosofía y Educación-U. de Chile, 1967, p. 209.

68. Alfonso BULNES, *Errázuriz Zañartu. Su vida*, cit., pp. 123 y 124.

69. Cristián GAZMURI, *El 48 chileno*, cit., p. 86.

70. VILLALOBOS, SILVA y ESTELLÉ, *Historia de Chile*, cit., tomo III, pp. 517 y 518. Sergio VILLALOBOS, *Historia de los chilenos*, cit., tomo II, pp. 116 a 119. A estas alturas los liberales chilenos habían afianzado su raigambre en la Revolución Francesa a través del «club de los girondinos» (1847), donde leían y comentaban el libro *Historia de los girondinos* de Lamartine, del «club de la reforma» (1849) y de la «Sociedad de la Igualdad» (1850). A ellos ingresaban en número importante los jóvenes de la generación del 25, pertenecientes a la élite burguesa santiaguina.

Para no quedar atrás, Federico Errázuriz en la Facultad de Teología afirmaba públicamente que Su Santidad Pío IX era liberal⁷¹.

Después de una concienzuda investigación periodística, la Revista Católica se encargó de descubrir y denunciar que la carta atribuida al Arzobispo de Padua y hecha publicar por Lastarria, era falsa, de falsedad absoluta⁷².

4. Incendio del Templo de la Compañía de Jesús

El presbítero don Juan Bautista Ugarte Echenique llevado por el entusiasmo que despertaba la Devoción Mariana entre las señoras y niñas chilenas, había juntado en 1855 a las Hijas de María, estableciendo en 1859 la Comunion General como una forma de reunir a todas las asociadas y celebrar así la festividad de Nuestra Señora. De este modo, el 8 de diciembre de 1859 por la mañana se llevó a efecto la primera Comunion General y a la siete de la tarde la misma abundante concurrencia festejó el cierre del Mes de María con la Exposición del Santísimo en el Templo de la Compañía de Jesús, magníficamente engalanado con flores y cortinajes. Allí, entre el perfume del incienso y el de las flores, el oficiante interpretó una vez más, el antiquísimo *Tantum ergo Sacramentum* que a todo católico le estremece el alma.

Las Hijas de María se retiraron ese atardecer prometiéndose a sí mismas volver el próximo año, y así lo hicieron el 8 de diciembre de 1860 a celebrar la Segunda Comunion General en la mañana y la clausura del Mes de María por la tarde en el mismo Templo. Pero esta vez, el presbítero Ugarte había mandado a imprimir estampas recordatorias que se repartieron entre los asistentes y decían así: *Recuerdo de la Segunda Comunion General de las Hijas de María*⁷³.

71. Alfonso BULNES, *Errázuriz Zañartu. Su vida*, cit., pp. 123 y 124.

72. Cristián GAZMURI, *El 48 chileno*, cit., p. 86.

73. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXIV,

El fervor de las Hijas de María no se limitaba a asistir a la Comunión General el día 8 de diciembre, sino que todo el año solicitaban favores a Nuestra Señora, para sí o para sus hijos, maridos y familiares, y como muchos de esos favores eran concedidos se empezó a correr la voz de ello, por lo cual no sólo aumentó el número de asociadas llegando a más de seis mil en todo el país⁷⁴, sino que tanto las peticiones como los agradecimientos eran escritos y depositados en gran cantidad en el Templo de la Compañía.

Así nació una nueva devoción popular y otro Santuario más en nuestro país.

El presbítero Ugarte, siempre atento y dándose cuenta de la importancia de lo que ocurría, instaló una enorme caja adosada a uno de los muros exteriores del Templo para recibir peticiones y agradecimientos⁷⁵.

Esto hoy no nos llama mayormente la atención pues estamos ya acostumbrados a ver hasta planchas metálicas o de mármol en los muros de varios santuarios, en las que se expresan agradecimientos por favores recibidos entablando así un diálogo con el Cielo, sin embargo, en aquellos años de intolerancia, los miembros de la elite burguesa santiaguina se enfurecieron con esta nueva devoción popular, considerándola un retroceso a los tiempos en que existía una sociedad católica, antes de 1817.

Las críticas contra la Devoción Mariana y contra el presbítero Ugarte⁷⁶ arreciaban en la misma medida en que aumentaba la cantidad de Hijas de María, pero quizá lo que más enojaba a los miembros de la elite rectora era que alrededor de cincuenta señoras de esta elite eran ya Hijas de María, lo cual consideraban sus padres y maridos que constituía un abierto e intolerable desafío

p. 104.

74. Sol SERRANO, *¿Qué hacer con Dios en la República?*, cit., p. 40.

75. FRANCISCO ANTONIO ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXIV, p. 104.

76. *Ibid.*, p. 110.

al progreso⁷⁷.

Consecuente con los prejuicios e ideología liberal de sus parientes y amigos, el Arzobispo Valdivieso que, ya sabemos compartía tales ideología y prejuicios, tampoco miraba con buenos ojos esas devociones populares y celebraciones de la Hijas de María⁷⁸ que además, ponían en peligro la fusión liberal conservadora, obra máxima de Monseñor Valdivieso.

La intolerante actitud de los miembros de la elite rectora manifestada contra sus propias esposas, hijas y hermanas, en muchos casos pasaba más allá de una simple advertencia y así era entonces que numerosos padres de familia prohibían a las mujeres de la casa asistir a las festividades Marianas, «pero éstas solían burlar la vigilancia de aquellos, escondiendo el manto de crinolina para ponérselo tras una puerta a la vuelta de la calle»⁷⁹, encaminándose en seguida rápidamente a juntarse con las demás Hijas de María.

Manuel Barros Arana, opulento comerciante en telas que tenía tienda abierta en la calle Ahumada, reconvino duramente a su hija Martina Barros Borgoño cuando se enteró de que ella, atraída por la novedad, había asistido una vez al Mes de María⁸⁰.

Pero, este 8 de diciembre de 1863 una nota diferente vibraba en la actitud intolerante de los miembros de la elite burguesa santiaguina: Era «un presentimiento de peligro» induciendo a impedirles por cualquier medio a sus familiares más cercanos asistir al Templo de la Compañía⁸¹. Por ejemplo Magdalena

77. *Ibid.*, p. 111; tomo XXIV p. 66.

78. *Ibid.*, tomo XXXIV, p. 105.

79. Agustín EDWARDS MAC CLURE, *Cuatro presidentes de Chile*, cit., tomo I, p. 253. Diarios de la época publicaron artículos reclamando por la falta de respeto debido a los padres de familia y que cometían las mujeres que acudían a los templos católicos sin autorización de sus maridos o padres.

80. *Ibid.*, tomo I, p. 253.

81. *Ibid.*

Vicuña Aguirre de Subercaseaux, generalmente complaciente con sus hijos, esta vez les negó firmemente el permiso que estos insistentemente le solicitaban y poco antes de las siete de la tarde los llevó a oír música a la Alameda, mientras que Eugenia Borgeño Vergara de Barros obligaba a los suyos a hacer una visita a la casa de una amiga y al regreso, ordenó a los sirvientes cerrar herméticamente puertas y ventanas con el objeto que sus hijos ni siquiera pudiesen atisbar lo que ocurría en la calle⁸².

Más de tres mil Hijas de María comulgaron aquella mañana del 8 de diciembre de 1863. Igual como había ocurrido en los años anteriores, al dar por terminada la ceremonia matutina, el presbítero Ugarte repartió entre las concurrentes las estampas recordatorias sacándolas de los paquetes que estaban tal cual se los habían remitido de la imprenta. Como quedaron algunos ejemplares sobrantes entre sus manos, se detuvo a leer el contenido y —seguramente— se le heló su sangre en las venas al ver con pavor que la inscripción decía: *Recuerdo de la última Comunión General de las Hijas de María en el año 1863*.

El presbítero no podía sino tener perfectamente claro en su memoria que le había encargado al dueño de la imprenta imprimir las estampas con la leyenda especificando *Recuerdo de la quinta Comunión*... sin embargo, ahora veía que decían *la última Comunión*⁸³.

En esos momentos el presbítero no pudo evitar asociar en su mente que el Templo de la Compañía de Jesús constituía un verdadero símbolo, tanto para los católicos como para los libre-

82. Ramón SUBERCASEAUX VICUÑA, *Memorias de ochenta años*, Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1936, tomo I, p. 77. Martina BARROS BORGONO DE ORREGO, *Recuerdos de mi vida*, Santiago de Chile, Ed. Orbe, 1942, pp. 81 y 84.

83. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXIV, p. 104. Benjamín VICUÑA MACKENNA, *El incendio del Templo de la Compañía de Jesús*, 2ª ed., Santiago de Chile, Ed. F. de Aguirre, 1971, p. 105. Este autor declara haber tenido a su vista una de las estampas repartidas ese día y que dice última Comunión.

pensadores. Venerado por los primeros, odiado por los últimos. El edificio había sido necesario reconstruirlo ya cuatro veces, la última, como resultado del voraz incendio provocado intencionalmente en 1841 por unos muchachos anticlericales⁸⁴. Por otra parte, el presbítero estaba plenamente consciente del furioso rechazo que despertaba la Devoción Mariana en liberales, nacionales y muchos de los demás integrantes de la elite burguesa santiaguina.

Tomando en consideración todo aquello, el presbítero Ugarte decidió solicitarle al Arzobispo de Santiago se dignase dar su aprobación a los preparativos de la celebración que se llevaría a cabo a las siete de la tarde. Así lo hizo el presbítero y a eso de las cuatro de la tarde el Arzobispo Valdivieso descendió de su carroza y según relata el historiador Encina, «inspeccionó los suntuosos preparativos, las 7.000 luces, los 1.200 globos de color y la profusión de flores y adornos de tul y lienzo que vestían materialmente los muros y las pilastras....Salió cabizbajo y volvió a entrar, y se retiró con el ceño adusto, repitiendo como un estribillo: ¡Prudencia, prudencia, prudencia!»⁸⁵.

84. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXVIII, p. 110; tomo XXXIV, p. 104.

85. *Ibid.*, tomo XXXIV, p. 105. Acerca de las ideas liberales de Monseñor Rafael Valentín Valdivieso dice Encina textualmente «había sido pipiolo antes de vestir sotana, fue pipiolo durante el sacerdocio, continuó siendo pipiolo durante el episcopado y murió pipiolo». *Ibid.*, tomo XXXI, p. 95. Su Santidad el Papa Pío IX condenó las ideas liberales en la Encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* el 8 de diciembre de 1864. Sin embargo, Monseñor Valdivieso continuó sustentando la fusión liberal conservadora. En su Carta *Per tristísima* del 6 de marzo de 1873 el mismo Romano Pontífice denunciaba los errores y el daño provocado por los católico-liberales. En la Encíclica *Immortale Dei* el Papa León XIII decía: «el liberalismo es un error que tiene por objeto sustituir el orden social fundado por el catolicismo, siendo su intento constituir una sociedad civil extraña a todo principio religioso, a toda práctica de culto, a toda ley fundada en la moral católica». En una Pastoral del 29 de junio de 1886 al fin el Episcopado chileno hacía suyos los conceptos de esta Encíclica insistiendo: «hay una

Desconcertado quedó el presbítero Ugarte ante la actitud del Arzobispo de Santiago quien, obviamente, nada había aprobado o rechazado, dejando eso sí en su interlocutor la incómoda tarea de intentar descifrar los gestos y parcas tres palabras pronunciadas por Monseñor Rafael Valentín Valdivieso Zañartu.

El promotor y jefe moral de la fusión liberal-conservadora se alejó en su elegante carroza quedando el presbítero Ugarte sumido en mayores dudas que antes de la visita del Arzobispo y preguntándose si el evidente disgusto gestual de Monseñor Valdivieso podría significar, tal vez, que no correspondía homenajear a la Reina de los Cielos mediante un Templo bien arreglado, incluso con algo de refinamiento mundano. ¿O acaso el Arzobispo conocía la existencia de un inminente peligro que le estaba vedado revelar y por eso recomendaba prudencia?

Todos sabían que Monseñor Valdivieso, no sólo había empleado sus mayores esfuerzos en construir la fusión liberal-conservadora, sino que además, se preocupaba de demostrar inusuales gestos de amistad con los enemigos de la Iglesia, como por ejemplo, cuando encabezaba las procesiones y las detenía frente a la casa-tienda de los Barros Arana en calle Ahumada y mientras los demás esperaban, él entraba a conversar un rato con sus amigos anticlericales entre los que se contaba uno de los masones más prominentes. Allí los Barros gastaban bromas con las cosas sagradas, bromas que el Arzobispo compartía y, extremando su ligereza, agregaba él mismo otras, según relata un testigo presencial⁸⁶. Así es que, optando por atribuir la reciente actitud del Arzobispo al posible deseo de éste de no contrariar a sus aliados liberales, el presbítero Ugarte procedió a finiquitar los preparativos.

abierta e insubsanable oposición entre la doctrina cristiana y la ideología liberal». Véase Ricardo DONOSO, *Las ideas políticas en Chile*, cit., pp. 231 y 232.

86. Martina BARROS BORGÑO DE ORREGO, *Recuerdos de mi vida*, cit., p. 30.

Como consuelo espiritual le quedaba al presbítero Ugarte saber con plena certeza que las Hijas de María repetían con verdadera devoción, día a día, la segunda parte del *Angelus*: *He aquí la esclava del Señor...*, aceptando con ello lo que Dios quisiera mandarles, por duro que fuese.

Además, en esos tiempos el sacerdote que repartía la Comunión le decía a cada uno: *Corpus Domine nostri Jesu Christi custódiat ánimam túa in vitam aeternam*⁸⁷. Y las más de tres mil Hijas de María esa mañana habían respondido osadamente, una por una: *Amen*, es decir, *que así sea*. Esa misma tarde, las almas de las Hijas de María asistentes al Templo de la Compañía de Jesús, serían guardadas para la vida eterna.

Los periódicos de la época relatan que a las tres de la tarde de ese 8 de diciembre de 1863 numerosos grupos de señoras y niñas, algunas acompañadas por sus criadas, comenzaban a llegar a la plazuela situada frente al Templo de la Compañía, para ocupar los mejores lugares tan pronto abriesen las puertas, lo cual ocurrió alrededor de las cinco de la tarde, quedando de inmediato el Templo prácticamente lleno.

No muy adelante, la criada estiró en el pequeño espacio de suelo disponible la corta alfombra para que pudiese arrodillarse Melchora Barriga viuda de Echavarría, quien estaba además acompañada por su tía política Dominga Echavarría, entrada en años pero entusiasta Hija de María que se apoyaba en otra sirvienta de bastante edad.

La muchedumbre de todas las edades y condiciones repletaba el Templo. Se calcula que eran 3.000 mujeres y 300 hombres.

Media hora antes del inicio de la ceremonia, el sacristán y sus ayudantes comenzaron a encender las lámparas a parafina y las pequeñas luces que utilizaban grasa animal a modo de combustible⁸⁸ y que junto con las velas adornaban el Altar

87. Traducción: *El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna.*

88. Sol SERRANO, *¿Qué hacer con Dios en la República?*, cit., p. 2.

Mayor, mientras las almas allí reunidas coreaban el Santo Rosario.

Siendo ya la hora del comienzo y cuando se terminaba la faena de encender luces, una de ellas colocada en la base de la medialuna junto al Altar, dio una llamarada más alta que las demás, cosa que había ocurrido de igual manera en tardes anteriores⁸⁹ pero, esta vez, un extraño hecho provocó la tragedia.

Según don Mariano Casanova, futuro Arzobispo de Santiago, un individuo no identificado intentó apagar aquella llamita un poco mayor que las demás, soplándola, sin embargo, con los soplidos del hombre algunas gotas de combustible contenido al interior del pequeño vaso en el que se alimentaba la llamita, salpicaron una flor de lienzo inmediata, comenzando ésta a arder al ser alcanzada por la llamita avivada por los soplidos.

Si hubiesen tenido el tino de dejar quemarse entera la diminuta flor de lienzo, seguramente habría terminado apagándose sola al consumirse y nada más habría pasado, pero, el mismo individuo no identificado, con una prenda de ropa que portaba en la mano empezó a dar innecesarios golpes a los demás vasos con combustible cercanos, volcando algunos al mismo tiempo que gritaba anticipadamente:

– ¡Incendio! ¡Incendio!⁹⁰

Ante los gritos del hombre muchas personas se alertaron pero otras decidieron no moverse para no perder el lugar⁹¹.

Mientras tanto, el combustible de las pequeñas lámparas derramado por los golpes del hombre empapaba la parte inferior de un tul de gasa que subía por el interior de la torre. El fuego

89. Benjamín VICUÑA MACKENNA, *El incendio del Templo de la Compañía de Jesús*, cit., p. 92.

90. Agustín EDWARDS MAC CLURE, *Cuatro presidentes de Chile*, cit., tomo I, p. 256.

91. Benjamín VICUÑA MACKENNA, *El incendio del Templo de la Compañía de Jesús*, cit., p. 100.

pasó velozmente desde la flor que aún ardía hasta la gasa y de ésta, se comunicó a otros adornos de género colocados en muros y vigas. Esto último ocurrió sumamente rápido y las personas cercanas solamente se percataron de lo que sucedía al caer de lo alto trozos de género encendido, en tanto que las que estaban más atrás o hacia los costados, de nada se daban cuenta todavía.

Irresolutas, las señoras más cercanas a las llamas decidieron emprender la huida solamente cuando arriba, un par de lámparas próximas al tul en llamas estallaron desparramando el combustible incandescente sobre cabezas y hombros.

Una barrera de personas inmóviles porque aún no percibían el peligro, atajaba a las que querían huir, sin embargo, muy pronto los adornos de los muros laterales y todo el maderamen del techo crepitaban vomitando humo negro y chispas, haciendo irrespirable el aire al interior del Templo.

Ese fue el momento en el cual la multitud pugnó por dirigirse hacia las puertas.

Los hombres más jóvenes corrieron hacia la Sacristía por donde finalmente alcanzaron las piezas interiores y de ahí salieron a la calle. Se salvaron 275. Pero las mujeres, enredadas en sus vestimentas, asidas unas a otras para no caer, aunque semiasfixiadas por el humo, se agolparon en las puertas formando un taco que impedía moverse a las de más atrás que empujaban a las otras para poder salir⁹².

De pronto el techo comenzó a derrumbarse en medio de trozos ardiendo que caían sobre las cabezas entre el humo, el polvo y el combustible encendido proveniente de las lámparas hasta ese momento colgadas de las vigas.

El mar humano que se veía impedido de alcanzar las puertas, recibió la lluvia de fuego comenzando a arder los cabellos y ropas, haciendo dar alaridos de dolor a las víctimas que aún no se desmayaban asfixiadas.

92. *Ibid.*, p. 21.

El desplome de la torre puso punto final a la dantesca escena, provocando un pesado silencio interrumpido apenas por el crepitar de los pedazos de madera carbonizados que cubrían los cuerpos.

Algunos vecinos que presenciaron el incendio aseguraron que desde los primeros indicios exteriores de humo hasta el derumbe de la torre transcurrieron solamente quince minutos.

Tal vez las escenas más horrosas las presenciaron los testigos del incendio en las puertas principales del Templo. Hijos o maridos de las víctimas intentaban sacar a sus deudos de la compacta masa humana que se estaba quemando ante sus ojos.

Algunos que lograron entrar no volvieron a salir. Otros, tomaban los brazos de alguna moribunda pero las llamas los hacían retroceder con trozos de ropa semicarbonizada en las manos. En quienes miraban quedó grabada la imagen de Julio Echavarría, joven de alrededor de dieciséis años de edad que intentó rescatar a su madre, la señora Melchora Barriga, pero los soldados lo sujetaron impidiéndole ingresar a las llamas y el humo⁹³.

De las tres mil mujeres que se estima estaban al interior del Templo, dos mil murieron calcinadas⁹⁴. La más profunda impresión causó entre los soldados y policías que entraron a las ruinas del Templo a la mañana siguiente, la visión de los cadáveres. En las puertas, esqueletos unidos entre sí por una masa carbonizada de restos humeantes nauseabundos. Al interior, grupos de cadáveres quemados de rodillas en actitud de oración que se sostenían unos con otros, o junto a los muros semidesplomados, cadáveres encogidos, demostrando haber esperado la muerte al final de la asfixia, quizá, elevando los últimos pensamientos a la Madre de Dios.

La señora Trinidad Larrain viuda de Irrarázaval y su hija

93. *Ibid.*, p. 36.

94. *Ibid.*, pp. 181 a 210. Sol SERRANO, *¿Qué hacer con Dios en la República?*, cit., pp. 39, 42 y 43. En las nóminas de fallecidos preparadas posteriormente se puede contar a sesenta y un muertos pertenecientes a la elite burguesa santiaguina.

Eufrasia estaban casi intactas por el fuego, pero aplastadas por la enorme campana metálica que se había venido abajo al desmoronarse la cúpula y la torre.

Los soldados armados rodearon completamente las ruinas impidiendo acercarse a los familiares de las fallecidas, mientras con palas, otros iban sacando los cadáveres y depositándolos en carretones que partían velozmente hacia el Cementerio para así acallar las voces pidiendo sepultarlos en el mismo lugar del holocausto.

Allá en el Cementerio se habían reunido algunos familiares de las víctimas tratando de convencer a los soldados que los dejaran reconocer los restos para evitar que fuesen enterrados en la fosa común. Solamente siete alcanzaron a ser reconocidas y rescatadas. Dos mil cadáveres o restos de ellos fueron rápidamente sepultados en la fosa común, rociados abundantemente con cloruro de cal⁹⁵.

Los soldados recogieron con veneración los cilicios que habían pertenecido a las víctimas⁹⁶. Esta fue una de las mayores evidencias de la fe heroica de las Hijas de María allí fallecidas.

A continuación el país se dividió en dos.

Los católicos querían reconstruir el Templo de la Compañía de Jesús y conservar el lugar para recordar y venerar en él a las dos mil mártires. Los católicos de entonces sabían que esas Hijas de María recién confesadas y comulgadas, habiendo expiado por el fuego sus pecados, sin duda alguna, sus almas al abandonar los cuerpos, habían ascendido hasta los pies del Trono celestial de Nuestra Señora.

¿Qué mejor testimonio para las generaciones venideras que levantar nuevamente el Templo guardando en él esas queridas reliquias?

95. Sol SERRANO, *¿Qué hacer con Dios en la República?*, cit., p. 31.

96. *Ibid.*

Al lado opuesto de esos chilenos católicos, la elite burguesa santiaguina exigiendo extirpar el culto, por esa elite denominado «marianista» y proponiendo además, demoler hasta la última piedra del edificio jesuita⁹⁷.

Así las cosas, el abismo entre esa elite castellano-vasca y la sociedad chilena tradicional continuaba profundizándose.

En medio de la polémica en la cual la prensa anticlerical tomaba un rol central, a todos se les olvidaba investigar el origen del incendio, incendio que, por lo que hemos visto, presentaba varios indicios de haber sido intencional o al menos, causado por una increíble torpeza del desconocido que lo provocó.

De pronto, como si se quisiera ocultar aún más los orígenes del siniestro, ciertos rumores corrían de café en café, del club al salón, donde eran repetidos con fruición. Se culpaba en ellos al presbítero Ugarte de dar un giro sensualista pagano al culto Mariano⁹⁸, se decía que el incendio era un castigo del Cielo⁹⁹, se comentaba de la insensibilidad del clero ante el dolor de las familias de las víctimas. Al respecto, Benjamín Vicuña Mackenna inventó la frase «ellos no tienen hijos»¹⁰⁰. Por último, de tertulia en tertulia se corría la voz que el Templo de la Compañía se había convertido en un foco de inmoralidad y corrupción por culpa del «buzón de la Virgen»¹⁰¹.

97. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo XXXIV, p. 109. En esta página Encina afirma textualmente que la opinión pública pedía demoler las ruinas del Templo de la Compañía, sin embargo, en otro capítulo de la misma obra este autor nos dice que en esos años «la opinión pública era un mito que reflejaba las creencias o sentimientos de cuatro gatos; el 99% del pueblo quedaba al margen de ella». *Ibid.*, tomo XXXVI, p. 38.

98. Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, cit., tomo. XXXIV, pp. 110 y 111.

99. *Ibid.*, p. 110.

100. *Ibid.*

101. Benjamín VICUÑA MACKENNA, *El incendio del Templo de la Compañía de Jesús*, cit., p. 163.

Este último rumor se basaba en que el intendente de Santiago, el nacional Francisco Bascuñán Guerrero había recibido de manos de la policía la urna con cartas que el presbítero Ugarte había hecho colocar en uno de los muros del Templo incendiado. El rumor acogido ya como noticia cierta por los periódicos contaba que el intendente había leído todas las cartas y emitido tan temerario juicio como resultado de tal lectura¹⁰².

Los diarios *El Ferrocarril* de Urzúa, *El Mercurio* de Valparaíso de Cousiño y Tornero, *La voz de Chile* de los Matta y *La patria* de Isidoro Errázuriz, se lanzaron en abierta campaña contra la Iglesia y los católicos. «Que se demuelan sus murallas». «No hace falta una iglesia en el centro de Santiago». «La apertura de templos en la noche es perjudicial para la salud». «En la plazuela de la Compañía no estuvieron los numerosos presbíteros que hay en Santiago para salvar a esas mujeres que se quemaban», machacaba una y otra vez en sus páginas principales *El Ferrocarril*, órgano gobiernista.

«No más culto nocturno. No más inmoralidad. No más cargazonas de gente fanatizada a la pecha de las iglesias» clamaba *El Mercurio* que además, exigía:

102. Monseñor Joaquín Larrain Gandarillas se molestó por el descomedido trato dado en el Cementerio a los restos de su hermana Trinidad Larrain y de su sobrina Eufrosia Irarrázaval, pero mayor fue su contrariedad al conocer los insultos emitidos por el intendente Bascuñán Guerrero acerca del «foco de inmoralidad y corrupción» en que según este funcionario se habría convertido el Templo católico por las cartas contenidas en el buzón de la Virgen, por lo cual monseñor Larrain envió una carta abierta al ministro Domingo Santa María González y al intendente pidiéndoles dar a la publicidad todas las cartas encontradas en dicho buzón. Debido al enorme prestigio de la familia Larrain, a Bascuñán Guerrero, que había perdido a una hermana suya en el incendio, no le quedó otra cosa que echar pie atrás y reconocer públicamente la más absoluta ausencia de inmoralidad y corrupción en dichas cartas, pero la respuesta del intendente no disimuló su altanería, de manera tal que dio origen a otra réplica de monseñor Larrain, la que aunque modelo de elegancia, generó una nueva polémica. Benjamín VICUÑA MACKENNA, *El incendio del Templo de la Compañía de Jesús*, cit., pp. 163 a 180.

«Ciérrense por decreto supremo todas las iglesias por las tardes».

«Este sitio no quiere altares. No hay lugar para sacerdotes» conminaba *La voz de Chile* de los hermanos Matta Goyenechea, parientes de Manuel Montt Torres.

Errázuriz entretanto, estipulaba en *La patria*: «Sentimos que esta catástrofe comience a darnos la razón a quienes siempre hemos opuesto resistencia a las desviaciones del sentimiento religioso de nuestra sociedad»¹⁰³.

A todo esto, el Arzobispo de Santiago y su pariente el ministro de Culto Güemes guardaban silencio, pero el primero tomaba la precaución de nombrar a su sobrino Crescente Errázuriz Valdivieso al frente de la Revista Católica y a la vez, secretario de la Arquidiócesis, con lo cual se cuidaba la espalda en su alianza con los liberales y evitaba que la *Revista Católica* iniciara una polémica con los diarios anticatólicos, polémica sumamente inconveniente para ambos personajes, porque Güemes no estaba muy firme en su cargo y cualquier roce con los anticlericales haría perderlo. Por otra parte, a los intereses familiares y políticos de Monseñor Valdivieso tampoco favorecían los quiebres con el gobierno y la elite rectora. Su sobrino Crescente iniciaba una promisoría carrera dentro de la Iglesia. Otro sobrino, Federico Errázuriz Zañartu ya manifestaba seriamente su propósito de alcanzar la presidencia de la república, mientras que un tercer sobrino, Maximiano Errázuriz Valdivieso, después de ejercer el comercio en sociedad con Guillermo Larrain Gandarillas había celebrado matrimonio en 1855 con la rica heredera Amalia Urmeneta, hija del millonario anticlerical y líder del partido Nacional José Tomás Urmeneta García, lo cual hacía caminar a pasos agigantados hacia la opulencia y el éxito social y político a dicho sobrino¹⁰⁴, recién en 1858 designado diputado por Osorno.

103. *Ibid.*, pp. 15 a 78.

104. José Toribio MEDINA ZAVALA, *Los Errázuriz*, Santiago de Chile, 1964, pp. 237 a 242 y 252. José María Güemes Fernández era casado con

El resto del partido Conservador, también mantenía un riguroso y prudente silencio, aunque en los hechos colaboraba estrechamente con los anticatólicos. En efecto, el dirigente del ala laica conservadora, Rafael Larrain, íntimo amigo del presidente Pérez Mascayano, seguía sosteniendo en el Club de la Unión la fusión liberal-conservadora¹⁰⁵, mientras el dirigente del ala católica conservadora Francisco Ignacio Ossa, donaba dinero y formaba una comisión de millonarios para construir cuanto antes jardines en el lugar en que se hallaban las ruinas del Templo de la Compañía de Jesús¹⁰⁶, forzando de esta manera a demoler las ruinas y evitando así la construcción de un nuevo Templo.

La demolición se llevó a cabo aceleradamente y los jardines promovidos por Ossa se construyeron con casi igual rapidez. Todo lo demás quedaba en el olvido. La fusión liberal-conservadora navegaba a toda vela en pos del progreso.

Isabel Valdivieso Cruzat cercana pariente del Arzobispo.

105. Carlos LARRAIN DE CASTRO, *La familia Larrain*, Santiago de Chile, Academia Chilena de la Historia, 1982, p. 177.

106. Benjamín VICUÑA MACKENNA, *El incendio del Templo de la Compañía de Jesús*, cit., pp. 39 y 43.